

Habla, Señor, ¿que tu siervo escucha?

Dr. Justo L. González



Iglesia Discípulos de Cristo
Espinosa, Puerto Rico
22 de noviembre de 2009

Habla, Señor, ¿que tu siervo escucha?

Lucas 16:19-31

19 Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. 20 Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, 21 y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. 22 Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. 23 Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. 24 Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. 25 Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado. 26 Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. 27 Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, 28 porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. 29 Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. 30 Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. 31 Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.

Me dice el pastor que durante todo este período el tema que esta iglesia está considerando es “habla, Señor, que tu siervo escucha”. Es un tema fundamental para la vida tanto de la iglesia como de cada uno de nosotros y nosotras como creyentes individuales. La vida cristiana consiste precisamente en eso, en escuchar lo que Dios nos dice y ponerlo por obra. Y la vida de la iglesia también consiste en eso, en escuchar lo que Dios le dice en cuanto a su misión, y en obedecer lo que Dios le dice.

Pero la cosa no es tan sencilla, pues hay muchas razones por las que a veces se nos hace difícil escuchar lo que Dios nos dice. En el caso de Samuel y Elí, que es de donde viene la frase misma, “habla, Señor, que tu siervo escucha”, Samuel no oye la voz de Dios porque no la reconoce. Escucha una voz, sí, pero cree que es Elí, y es sólo cuando Elí le dice que es la voz de Dios que Samuel puede escucharla.

Si Samuel no reconoce la voz del Señor, esto es por inocencia, por ignorancia, porque necesita 1 de la dirección de Elí.

Pero, ¡cuidado! La frase misma encierra un peligro, pues es muy fácil emplearla como excusa para no escuchar, al tiempo que nos convencemos de que estamos siendo fieles. Decimos, “habla, Señor, que tu siervo escucha”, y lo que queremos decir es, “Señor, yo estoy haciendo mi parte. Estoy dispuesto a escuchar. Pero si tú no hablas, entonces la culpa es tuya, y no mía”.

Hace muchos años, en la sociedad de jóvenes en la que me formé como cristiano, había un poema de Amado Nervo que nos gustaba recitar mucho. Lo recitábamos en nuestros devocionales. Lo recitábamos en nuestras oraciones. Lo recitábamos particularmente en servicios en lo que se discutía la vocación cristiana:

Si tu me dices «¡ven!», lo dejo todo ...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo

que tu voz, como toque de llamada,

vibre hasta el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si tú me dices «¡ven!», todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo,
y al fulgor de la luz crepuscular;
mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome ¡Oh Cristo! ¡como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar!

Ahora que han pasado los años, y ya estoy más que “casi viejo”, como decía el poema, me doy cuenta de que el poema mismo no era un modo de ofrecernos a hacer lo que Dios quisiera, sino de seguir haciendo lo que nos pareciera y al mismo tiempo culpar a Dios. El poema decía, “pero dímelo bien fuerte...” En otras palabras, “Si me lo dices bien fuerte, te obedezco. Pero si no me lo dices fuerte, entonces no te obedezco, y la culpa es tuya, porque no me lo dijiste fuerte”.

Y eso se confirma en la vida misma del poeta que escribió esos versos, pues Amado Nervo siempre estuvo hablando de dedicarse al Señor, y nunca lo hizo. Posiblemente estaba esperando que Dios le llamara, pero que lo llamara con voz más fuerte. Y si Dios no lo hacía, eso no era problema de Nervo, sino de Dios.

Luego, la frase misma, “Habla, Señor, que tu siervo escucha”, puede querer decir dos cosas. Puede querer decir, como en el caso de Samuel, que de veras estamos dispuestos a escuchar. Pero puede querer decir también, como en el caso del poeta, que estamos escuchando, y que si no oímos eso, se debe a que Dios no nos habló bien claro.

La parábola del rico y Lázaro en el capítulo 16 de Lucas es bien conocida. La hemos oído tantas veces, que ya casi nos la sabemos de memoria. Tan pronto como se empieza a leer, ya sabemos que la parábola nos habla acerca de la obligación por parte de los ricos de ocuparse de los pobres, y que quien no lo hace no puede ir al seno de Abraham. Pero lo que muchas veces olvidamos es cómo es que la parábola termina. Si usted pregunta en una clase de escuela dominical cómo termina la parábola del rico y Lázaro, lo más probable es que le responderán que termina cuando el rico está en el infierno y quiere mandar a Lázaro a advertir a sus hermanos, para que no acaben como él. Pero lo que se nos olvida es el diálogo mismo entre el rico y Abraham, y la razón por la que Abraham no accede al pedido del rico. Abraham le dice al rico que sus hermanos ya tienen a Moisés y los profetas, y que con eso debería bastarles para saber lo que tienen que hacer. El rico le contesta que si Lázaro regresa del lugar de los muertos, entonces sus hermanos ciertamente sabrán qué es lo que tienen que hacer. Pero Abraham termina la conversación diciéndole que si los hermanos del rico no creen a Moisés y los profetas, tampoco creerán si alguien se levanta de entre los muertos y les dice lo que tienen que hacer. En la ley de Moisés y de los profetas hay mucho acerca del cuidado por los pobres, los huérfanos y las viudas. Si el rico no lo hizo en vida, y si ahora sus hermanos no lo hacen, no es porque no sepan lo que Dios manda. No lo hicieron sabiendo muy bien lo que Dios mandaba. Pero como no les convenía, se hicieron los desentendidos. Y su desobediencia es tal, que ni la ley de Moisés y las palabras de los profetas, ni siquiera alguien que regrese de entre los muertos, podría convencerles para que cambien sus actitudes y su estilo de vida. Y no olvidemos que quien cuenta esta parábola es nada menos que Jesucristo, quien se levantó de

entre los muertos, y que es este mismo Jesucristo quien señala que quien no quiere creer, no creerá aunque regrese un muerto y se lo diga.

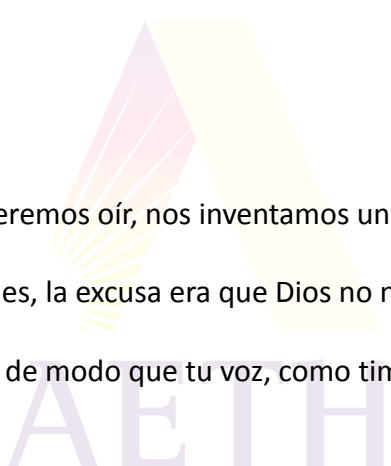
Esto puede extrañarnos. Ciertamente, estamos seguros de que si un muerto se levantara y viniera a decirnos lo que tenemos que hacer, le haríamos caso. Pero en esta parábola el Señor Jesús nos dice lo contrario. Quien no obedece la palabra de Dios que ya tiene, tampoco creerá por más milagros que se le ofrezcan.

¿Cómo puede ser esto? Pues muy sencillo. La razón por la que no creemos es que no deseamos obedecer. La razón por la que primero el rico y luego sus hermanos no hacen lo que Dios manda no es que no lo sepan, o que necesiten más pruebas. Es simplemente que no quieren obedecer, y se esconden tras la excusa de que si de veras vieran un milagro, si de veras se les apareciera uno de entre los muertos, entonces sí creerían.

“Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Suena muy bonito. Y son en verdad palabras hermosas si lo que estamos diciendo es que de veras estamos dispuestos a escuchar. Pero si lo que estamos diciendo es que, cuando el Señor nos lo diga más claramente, o más fuerte, o en medio de milagros, entonces sí serviremos a Dios, lo que estamos haciendo es sencillamente ofreciendo excusas para no servirle. Pero en tales casos lo cierto es que no queremos escuchar.

Como dice la sabiduría popular, “No hay peor sordo que el que no quiere oír”. Pero también es por eso que en la Biblia encontramos repetidamente la frase: “quien tiene oídos para oír, oiga”. En otras palabras, que el decir que no oímos no es una excusa. Dios habla bastante claro y fuerte.

Pero hay buena razón para no querer oír, pues la Palabra de Dios no siempre nos dice lo que quisiéramos, lo que nos gusta. En el caso de Samuel, lo que Dios le dijo no fue de su agrado. Dios le dio una palabra fuerte para Elí—tan fuerte, que Samuel no quería dársela a Elí, y se la dio sólo cuando Elí insistió.

Y nosotros, los sordos que no queremos oír, nos inventamos una excusa tras otra. En el poema que citábamos nosotros de jóvenes, la excusa era que Dios no nos hablaba con suficiente fuerza: “Pero dímelo bien fuerte, de modo que tu voz, como timbre de llamada, llegue hasta el fondo del alma...”. 

O, en otra versión de la misma excusa, y a la manera del rico de la parábola, decimos que si Dios nos diera un milagro, entonces sí creeríamos lo que Dios nos dice. Pero en el mismo Evangelio de Lucas donde aparece la parábola del rico y Lázaro, unos capítulos antes de la parábola, Jesús comenta acerca de quienes vienen a él pidiendo “señales”. En el Evangelio, la palabra “señal” quiere decir maravilla, o milagro. Estas personas vienen a él a ver qué pruebas da de que de veras es quien se dice que es, que de veras deben seguirle. Se dicen a sí mismas, “si yo viera de

veras una gran maravilla, una gran señal, entonces seguiría a este Jesús de Nazaret”.

Es lo mismo que nos decimos a veces. Si Dios me diera una señal bien clara, entonces yo haría lo que Dios me dice. Y lo decimos no solamente como individuos, sino también como iglesia.

“Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Señor, estamos esperando que nos hables. Y en el 7 entretanto, no hacemos más que esperar. Danos un milagro, dínoslo fuerte, y entonces haremos lo que tú mandes.

Pero a esas personas que vienen buscando milagros, Jesús les dice que “esta generación mala viene pidiendo señales. Pero no les será dada otra señal que la señal de Jonás” [Mateo 12:39; Reina Valera 1960]. Y entonces explica que la señal de Jonás consiste en que los ninivitas, aquella gente malvada y cruel que eran los peores enemigos de Israel, creyeron a Dios y se convirtieron. Y añade que lo mismo sucedió con la Reina del Sur, es decir, la reina del Sur, que vino desde lejos para aprender de la sabiduría de Salomón. Los ninivitas, con todo y no ser creyentes, respondieron al llamado de Jonás. La reina del sur, con todo y ser gentil, vino hasta Jerusalén para escuchar la verdad. Pero estas gentes que viene a Jesús pidiendo señales, que son hijos de Israel y que por tanto debieran reconocer la acción y la voluntad de Dios, se muestran más incrédulas que los ninivitas y menos dignos de ser pueblo de Dios que la gentil que vino desde tierras lejanas. Lo que esa gente le está diciendo a Jesús con su actitud es, “Señor, estamos dispuestos a creer en ti; pero danos algún milagro, alguna señal, para que te creamos”. O como diría Amado Nervo, “pero dímelo bien fuerte”.

Y así nos inventamos excusas. Y una de las excusas más frecuentes es que no sabemos a dónde Dios nos quiere llevar. Si Dios me dijera todo lo que quiere que yo haga con mi vida, qué debo hacer este año, y qué debo hacer el año que viene, y dentro de diez años, entonces yo tendría el camino claro y lo seguiría. Pero mientras Dios no me diga todo lo que espera de mí, seguiré esperando.

Pero no es así que Dios actúa. Cuando Jesús llamó a aquellos primeros pescadores, no les dijo todo lo que tendrían que hacer. No les dijo que le seguirían hasta Jerusalén. No les dijo que le verían morir. No les dijo todo lo que ellos mismos tendrían que sufrir. Sencillamente les dijo, “Venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres” [Mateo 4:19; Reina Valera 1960].

Y con esa vaga promesa le siguieron. Y cuando Saulo cayó por tierra en el camino a Damasco, Jesús no le dijo que le haría apóstol a los gentiles, ni que escribiría cartas inspirado por el Espíritu Santo, ni que predicaría el Evangelio hasta en Roma, ni que moriría decapitado en esa ciudad. Sencillamente le mandó seguir su camino hasta Damasco, donde Pablo tuvo que esperar a que Ananías viniera y le explicara un poco más acerca del Evangelio. Y aún entonces, eso era todo lo que Saulo sabía. Y luego fue a Jerusalén, y luego de regreso a Tarso. Y allí fue a buscar Bernabé con un llamado de Dios, para que le ayudara en la obra en Antioquía. Y en Antioquía Dios le llamó a la misión en Asia Menor. Y en el extremo de Asia, cuando Pablo se preparaba a tomar el camino de regreso, vino la visión del varón macedonio, “pasa a Macedonia y ayúdanos”. Y así la vida toda de Pablo no fue un llamado claro y definitivo, un llamado como el

que Amado Nervo pedía, sino que fue una serie de llamados. Y la obediencia de Pablo a cada uno de esos llamados fue el punto de partida para el próximo, y luego para otro, y otro, y otro...

Pero nosotros queremos más que Pablo. Como Amado Nervo, queremos que Dios nos dé la palabra definitiva, la palabra clara, la palabra probada con tal fuerza y tales señales, que no podamos ponerla en duda. ¿Por qué será eso? El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, quien murió como mártir a manos de los nazis, lo explica claramente. Dice él que sólo quien cree obedece, y que sólo quien obedece cree. Creer y no obedecer es lo mismo que no creer.

Obedecer sin creer es lo mismo que no obedecer. El rico de la parábola dice que sus hermanos creerían si tuvieran el mensaje claro que Lázaro podría llevarlos. Pero Abraham le contesta que ya tienen el mensaje bastante claro. Tienen la ley y los profetas, y con eso debería bastarles. Y si no les basta, no es porque no sepan lo que Dios manda, sino porque no quieren hacerlo, y por eso no creen. Sólo quien obedece cree, y sólo quien cree obedece. Si quieres ver señales del poder de Dios, haz lo que Dios manda. Si no quieres hacer lo que Dios manda, pide señales y más señales, pues nunca te bastarán. Como dice Abraham, no creerán aunque alguien regrese del mundo de los muertos y se lo diga.

Y esto nos lleva de regreso a las palabras que son el tema de estos días: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. “Habla, Señor, que tu siervo escucha” puede querer decir: “Señor, de veras quiero escuchar lo que tú me quieres decir”. Pero también puede querer decir: “Señor, en realidad no quiero escuchar lo que tú me quieres decir, pues si lo escuchara tendría que

obedecer, y la verdad es que no quiero obedecer. Habla, Señor, que tu siervo escucha; pero no te voy a hacer caso hasta que me lo digas más fuerte. Y entonces te voy a pedir que me lo digas más fuerte todavía...”.

Y, ¿cómo podemos distinguir entre una cosa y la otra? Simplemente, por la obediencia presente a lo que ya hemos escuchado. El rico y sus hermanos no van a escuchar aunque venga un muerto y les diga lo que Dios quiere de ellos. No van a escuchar, porque se niegan a obedecer lo que ya Dios les ha dicho. Pablo seguirá escuchando la voz de Dios, siempre con nuevos llamados, porque es obediente a lo que ya se le ha dicho. O, como diría el propio Pablo, porque no fue rebelde a la visión celestial.

Y, ¿qué de nosotros? Nosotros tenemos menos excusas para obedecer que los hermanos del rico de la parábola, porque a nosotros sí ha venido uno que se ha levantado de entre los muertos, y nosotros tenemos sus palabras, y tenemos sus mandamientos, y tenemos su Espíritu.

“Habla, Señor, que tu siervo escucha”. ¿Será nuestro tema y nuestro estudio una verdadera expresión de lo que de veras queremos, que el Señor nos hable como individuos y como iglesia? Sólo hay una manera de que así sea, y es siendo obedientes a la visión celestial, obedeciendo en lo que ya sabemos, practicando en esa obediencia para la futura obediencia a lo que Dios nos llamará. Oremos.